

EL MUSEO LITERARIO



PRIMEROS SUSCRITORES: SUS MAGESTADES Y ALTEZAS.

AÑO III.

8 Julio 1866.

NÚM. 27.

PRECIOS DE SUSCRICION.

EN VALENCIA Y MADRID. 6 rs. mes.
—18 trimestre.—34 seis meses.—66 año.

EN PROVINCIAS

SUSCRIBIÉNDOSE DIRECTAMENTE.

Tres meses, 24.—Seis, 42.—Año, 80.
ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-
RICO. 6 pesos año.

AMÉRICA Y ASIA. 8 á 15 pesos año.

POR COMISIONADO.

Tres meses, 28 rs.—Seis, 6.—Un año, 84.
ESTRANGERO, CUBA Y PUERTO-
RICO. 7 pesos.
AMÉRICA Y ASIA. Un año, 9 á 14 pesos.

REDACCION.

Congregacion, 1, 2.º, Valencia.

ADMINISTRACIONES.

MADRID: Capellanes, 10, principal.

VALENCIA: Congregacion, 1, 2.º

HABANA: D. Benito G. Tanago.

PUNTOS DE SUSCRICION.

Administraciones principales en Madrid,
Valencia y la Habana.

PROVINCIAS.

Casa de los correosales y adminis-
tradores de correos.

A los pedidos se acompañará el importe.

No se sirve suscripcion cuyo importe no
se haya satisfecho.

Los números sueltos se venden á 4 rea-
les uno.

SUMARIO.

Antigüedades y bellezas de Valencia. Baños del Almirante,
por D. G. F.—Hero y Leandro (poesia), por D. José Lamar-

que de Nqboa.—Galeria de personajes políticos y militares de la
potencias beligerantes en Alemania y en Italia. S. A. R. el prin-
cipe Federico Carlos, general en jefe del ejército prusiano de Sa-
jonia.—El Rey ciego.—Mendicidad y pobreza, por D. Pedro
Marquina.—¡Pobres hombres!! por D. Miguel Angel Espina.—

Breve descripcion de las maravillas del mundo. Mausoleo.—El
Jugareño en Madrid, por D. José Eugenio Harzenbusch.—
Anuncio.

Grabados. Ejército austriaco: ulanos y húsares.—Italia.
Convoy militar, atravesando la plaza de Neptuno en Bolonia.

ANTIGÜEDADES Y BELLEZAS DE VALENCIA

BAÑOS DEL ALMIRANTE.

Uno de los establecimientos de baños que desde hace muchos años obtienen el favor del público y con sobrada justicia, tanto por sus excelentes aguas, cuanto por su comodidad y elegancia, son los que llevan el título que sirve de epígrafe á estas líneas.

Respecto al origen de estos baños de una antigüedad fabulosa, la historia dice lo siguiente:

(1) «Los desórdenes ocurridos en esta ciudad á fines del siglo X, al apoderarse el célebre Rodrigo Diaz, llamado Mio Cid, con motivo de la rebelion de los almiravides, proporcionaron á Abenjaf, uno de los alcaldes ó gobernadores mas poderosos del reino, el revelarse abiertamente contra su rey Hiaya, llegando las cosas á tal extremo que este soberano tuvo que encerrarse en su alcázar ó palacio cerca de la puerta del Sol ó de la Fulla, que tenia entonces aquellos dos nombres, ya por mirar á la parte de Levante, ya por hallarse cubiertas sus hojas de planchas de hierro esculpidas á la usanza morisca; y conocida hoy dia con el de la Trinidad por el monasterio de religiosas de este título que tiene enfrente; el mismo palacio en que luego moró el Cid, y sobre cuyas ruinas edificaron dos siglos despues su iglesia los caballeros de Santiago de la Espada. A poco parece tuvo que huir de él el desgraciado monarca

vestido de mujer, refugiándose á una casa pequeña junto á la muralla, conocida con el título de los baños del rey, donde tenia parte de sus mujeres y familia, y allí le descubrió Abenjaf y codicioso de sus ricos tesoros le sorprendió y cortó la cabeza. Cómo vengó Rodrigo la muerte de Hiaya, y los resultados de esta rebelion que le autorizó para emprender la conquista de esta ciudad, de que efectivamente se apoderó á primeros de Setiembre del año 1094, son bien conocidos y por otra parte no hacen al caso para nuestro relato. Muerto el Cid volvió á caer Valencia en poder de los moros, y ya no encontramos mencion alguna de los baños, hasta que, recobrada por el invicto Jaime I de Aragon en 28 de Setiembre de 1238, con motivo sin duda alguna de la donacion que hizo del territorio ó distrito en que se hallaban los baños al caballero Ximen de Palafox, progenitor de la ilustre casa de los marqueses de Guadalest, y de la perpetuidad del almirantazgo de Aragon, concedido á la misma, empezaron á denominarse baños del Almirante: y efectivamente, se reconoce por los arcos reentrantes, cortados en el dia como luego diremos, que formaban parte de la casa de aquellos señores: el callizo por donde tienen su entrada conservaba todo el tipo morisco, pues era tan estrecho y tortuoso que apenas permitia el tránsito á dos personas si se encontraban en él: cuyas singularidades le hacian notable en la ciudad, y mas de un criminal perseguido por los soldados de caballería habia debido su salvacion á aquellas sinuosidades durante las revueltas de los maulers y gotiflers á principios del siglo anterior; y así se conservó hasta por los años 1830 en que

las obras hechas en ambas aceras de dicha calle motivaron su ensanche en los términos que se halla en el dia. Su propiedad debió pertenecer por muchos años á la casa de los almirantes, cuando hizo que tomasen su nombre: pero á fines del siglo pasado la vemos radicada en la de Bou de Penarrocha, cuyo último poseedor D. Lorenzo, conde que fue de Rótova, baron de Zenija, los vendió para ingresar su capital en la real caja de amortizacion y descuento, con arreglo al decreto que permitia la venta de bienes vinculados en estos términos.

Con motivo de la obra moderna que hemos insinuado, se deja conocer haberse reducido y cambiado su entrada ó vestibulo dándole nueva forma, ya para aprovechar el local, ya para proporcionar una subida inmediata á las habitaciones que ocupa su actual propietario; y aun en tiempos muy anteriores es de presumir llegase su ámbito hasta el muro, cuyas ruinas con una puerta de arco de medio punto, todo de piedra de sillería, corre por el ámbito que media á las espaldas de las casas de la acera de enfrente, y la de los señores de Navarrete, marqueses del Tremolar, con direccion á la antigua muralla que seguia paralela á la puerta principal de la iglesia, ahora parroquia de Santo Tomás, y antes de la Congregacion de San Felipe Neri, donde se hallaba la llamada de la Xarea ó Judicaria ó de las Sentencias, por la residencia inmediata del tribunal, y salir por ella los reos á espiar su delito á la rambla sobre que se ensanchó la ciudad en 1356, reinando D. Pedro IV.»

Hace un año se han hecho grandes obras por

(1) Estos datos están tomados de un artículo que publicó don J. M. Zacarés en LA REVISTA EDETANA.

su propietario el Sr. Santibañez, pero este, conociendo siempre el mérito de la obra y sus recuerdos históricos, ha dejado intacta la parte de los antiguos baños.

La descripción de estos baños, tal como hoy se encuentran, merecen una reseña detenida.

Los baños tienen su entrada espaciosa que da paso á tres salones de espera con columnas de hierro, y un jardín con su fuente en el centro.

El decorado de estos salones, á la par que elegante y sencillo, ofrece una comodidad extraordinaria.

El jardín, que se halla cubierto por un toldo, impide que los rayos del sol acaloren aquellas estancias, y una agradable frescura hace que se pasen con prontitud los cortos minutos de espera.

En estos tres salones hay elegantes y ventilados cuartos con sus pilas de mármol y cuanto pueda apetecerse para la mayor comodidad.

Por su extrema izquierda se entra á otro salon cuadrilongo, de veintiocho palmas de largo por catorce de ancho, con bóveda muy baja, lo mismo que todos los demás que iremos describiendo, pues guardan el propio nivel, en él hay cuatro cuartos, el uno de ellos con dos pilas: de él se pasa á otra sala cuadrada, de unos veinte palmas laterales, que forma círculo en su bóveda, que trazó el artífice cortando los ángulos á manera de conchas, y apoyándola en los primeros tercios: tiene cuatro cuartos con una pila cada uno. Comunica con otro saloncito, tambien cuadrado, pero mas reducido, con cuatro cuartos, tres de ellos con su pila respectiva, y en el otro se halla la escalera para subir al terrado que forma la bóveda de todos los baños, viéndose en él marcadas las diferentes curvas de sus compartimientos, con varias aberturas circulares ó tragaluces, como luego diremos. Dicha bóveda fabricada con la argamasa de almendrilla que tan perfectamente poseian los árabes, y endurecida á mas por la accion del tiempo, es fortísima y de tal aguante, que en los sitios y bombardeos que ha sufrido esta ciudad últimamente, se guarecieron como á paraje seguro muchas familias. Todos los saloncitos y cuartos están iluminados por muchísimas claraboyas cónicas, cuya parte mas angosta mira al cielo para recoger la luz, y la mas ancha en figura de estrellas de palmo y medio de circunferencia, vierte sobre el baño una claridad sumamente igual, esclarece misteriosamente, por decirlo así, todo el recinto, y como dice muy felizmente el Sr. Piferrer en sus «Recuerdos y bellezas de España, reflejándose voluptuosamente en el agua, acrece las proporciones del sitio, y sin disipar enteramente las sombras, se armoniza con los indolentes placeres del baño. Dos pozos magníficos y muy abundantes de la agua mas límpida y riquísima suministran cuanta necesita el establecimiento, por medio de bombas de péndulo.

Varios historiadores se han ocupado con predileccion de estos baños, y se han hecho grabados en Lóndres, que dan una idea exacta de como estaban en la antigüedad.

En cuanto al servicio, que es inmejorable, hablan en su favor la multitud de familias que diariamente los visitan.

Una observacion para concluir.

Siendo así que la calidad de las aguas de que se surten las pilas reúne condiciones que ninguna otra en Valencia, y que por tanto son tan apreciadas, ¿no sería posible al mismo establecimiento servir baños á domicilio como en otras grandes capitales?

Creemos que tal vez, si no este año otro, podría utilizarse este medio cómodo en extremo

para muchas familias, especialmente para las que viven al extremo de la poblacion, y que desean disfrutar del beneficio de estas aguas.

G. F.

HERO Y LEANDRO.

Era una tarde nebulosa y triste:
Del Helesponto en la arenosa playa,
Así sus ojos en el mar fijando,
Hero infeliz doliente murmuraba:

«Hundoso mar que guardas en tu seno
Fiel el secreto de mi amor ardiente,
Y ora contemplas, de piedad ageno,
La horrible angustia que mi pecho siente:

Tú, que un tiempo benéfico acogias
De mi amante la férvida plegaria,
Y en olas de zafir le conducias
A esta costa en la noche solitaria;

Oh mar, sagrado mar, dime si ingrato
Por siempre mis amores dió al olvido,
Y de otro amor en súbito arrebató
Llorarle debo para mí perdido.

Ya siete veces la triforme diosa
Hundió en tus ondas su nevada frente,
Y el nuevo dia me encontró llorosa,
Sumida en dudas y ansiedad creciente.

¡Implacable ansiedad!... Dulce bien mio,
¿Así olvidar pudiste mis favores
Y hundirme ciego, con tenaz desvío,
De eterna soledad en los horrores?

¿Y perjuro tal vez?... Dudas impías,
No la estrella anubléis de mi esperanza:
Volved auroras de felices dias,
Volved noches de plácida bonanza.

Y tú, Leandro, si por dicha aun vive
En tí el recuerdo de tu amada, ¡oh, llega!
Ven, y los lauros del amor recibe,
Y á sus delicias con afan te entrega.

Vuelva yo á verte cual te ví, gozoso,
En esta playa por la vez primera
Fijar en mí tu vista cariñoso
Al señalarme tu natal ribera.

«¿Ves?—me dijiste,—mis paternos lares
»Lejos están, el Ponto nos separa:
»Más ¿qué son á mi amor rudos azares?
»Por tí los venceré; Vénus me ampara.»

¡Ah! ¡Cuántas veces al morir el dia
Aquí en la orilla te esperaba á solas!
¡Cuál gozaba al mirar como vencia
Audaz tu brazo las batientes olas!

Feliz ganabas la ribera, y luego
Con mil caricias tu valor premiaba:
¡Cómo al son dulce de tu blando ruego
Mi corazon amante palpitaba!

Mas ¿qué digo? ¡infeliz!... Fieros los hados
De mí alejan la dicha, el bien que adoro:
De los supremos dioses irritados
En vano, ¡ay triste! compasion imploro.

¿Y esto es vivir? ¡oh, cielos! ¡Ah, la muerte

A inquietud tan horrible prefiriera:
Rásguese el velo de mi ignota suerte,
Aunque al perder mis esperanzas muera.

Tal te pide, ¡oh Citeres! la que un dia
Consagrada en tu altar siguió tus huellas;
¡Ay! niña entonces sin amor vivia,
Mas me halagaban ilusiones bellas.

Por tí mis padres de mi hogar querido
El mágico recuerdo y la memoria
De mis dulces amigas dí al olvido,
Que en tu culto cifré mi única gloria.

En premio de mi afecto, ¡oh Citérea!
Presta á mi ruego plácida acogida:
Una vez sola á mi adorado vea,
Aunque muera despues, tuya es mi vida.»

Tal exclamó, vertiendo acerbo llanto,
Y cual si respondiese á sus palabras
La diosa, y aceptará el sacrificio
Qué en su dolor la mísera anhelaba.

En breve por las olas arrojado
Cadáver yerto apareció en la playa:
Héro llega, le mira, retrocede,
Y hondo gemido de su pecho exhala.

Delirante despues entre sus brazos
La estrecha con afan.... ¡desventurada!
¿Qué le resta en el mundo si los dioses
Su único bien por siempre le arrebatan?

En vano, en vano palpitante anhela,
Cual Prometeo á su marmórea estatua,
A la muerte dar vida, con el fuego,
Con el oculto fuego que la abrasa.

Ya aquellos dulces, adormidos ojos,
Jamás responderán á sus miradas,
Ni aquellos labios, murmurando amores,
Se posarán sobre su frente blanca.

¿Qué le resta?... La muerte será solo
Término digno de su suerte infausta:
Inmenso el mar ante sus pies se tiende,
Y en ronco son parece reclamarla.

Ya en sus ondas veloz se precipita:
Ya un gemido se escucha en lontananza...
La nueva aurora de los dos amantes,
Los tristes restos alumbró en la playa.
Sevilla.

JOSÉ LAMARQUE DE NOVOA.

GALERÍA

DE PERSONAJES POLÍTICOS Y MILITARES DE LAS POTENCIAS BELIGERANTES EN ALEMANIA Y EN ITALIA.

S. A. R. el príncipe Federico Carlos, general en jefe del ejército prusiano de Sajonia.

Reciente es; pero muy ruidosa, la celebridad de este guerrero de estirpe real. Muy conocido anteriormente en su país y en Alemania toda por sus escritos militares, por sus soberbias infulas, y por sus propósitos extratéticos, no se dió á conocer á la Europa hasta la última desigual,

inicia guerra hecha por las dos grandes potencias germánicas á la pequeña y heroica Dinamarca.

El renombre europeo del príncipe Federico Carlos data de los primeros meses del 1864, desde su famosa orden del día despues del combate de Missunde.

* *

El ejército prusiano, como el austriaco, como el bávaro, como todos los alemanes, tiene una organizacion aristocrática, pero en mayor grado que ninguno de los demás. Los altos puestos de la milicia y aun los grados secundarios, solo son accesibles á la casta noble y los oficiales y jefes de la clase popular, que, á fuerza de servicios extraordinarios y de mérito sobresaliente, se han elevado á categorías que requieren un origen patricio, se encuentran en una minoria desconsoladora, y en cierto modo desdeñados por sus camaradas. Son tales y tan arraigadas en el ejército prusiano las preocupaciones y las vanidades, que cuando hicieron en comun la campaña del Slesvig las armas austro-prusianas, fué motivo de escándalo y de indignacion para los generales del ejército real, y especialmente para el príncipe Federico Carlos, una determinacion del feld-mariscal teniente baron Luis de Gablenz, comandante en jefe del 6.º cuerpo de ejército.

* *

El general Gablenz habia recibido de su soberano para la guerra del Slesvig, facultades omnímodas; como *juxta gladii* estaba revestido de la alta justicia militar, y en ciertos casos estaba autorizado para dar empleos y grados inferiores. Despues de las sangrientas batallas de Gettorp y de Overssée, el general austriaco quiso recompensar de una manera espléndida los merecimientos de sus tropas. Al efecto, determinó ascender á la clase de oficiales á cierto número de sargentos y á fin de que no hubiera parcialidad ni favoritismo en la eleccion, y de que nadie se considerase agraviado en su derecho, adoptó un proceder digno de alabanza y de imitacion, nuevo en la historia de los ejércitos; se valió del sufragio universal. Sometió la cuestion á sus mismos soldados, diciéndoles como Alejandro Magno: elegid á los mas dignos.

* *

Se comprende que una tan insólita como revolucionaria resolucion ofendiese todos los principios y todas las preocupaciones de la raza aristocrática que dirige el gobierno y el ejército prusianos.

* *

El príncipe Federico Carlos Nicolás, gran dignatario de la orden hospitalaria de San Juan, general de caballería, inspector general de la guardia Real y hoy general en jefe del ejército prusiano de Sajonia, nació el 20 de Marzo del año 1828 y es el hijo mayor del príncipe Carlos Federico, hermano del rey. Está casado con la princesa María hija del duque reinante de Anhalt Dessau. Es coronel propietario del 12º regimiento de húsares rusos.

* *

Poco podremos decir de los principios de la carrera política y militar de este príncipe de verdadero temperamento militar, pero de una petulancia insoportable. Solo sabemos que en su juventud siguió como la mayor parte de los príncipes alemanes, y simultáneamente la carrera de las armas y otra universitaria. Apellidarse el Napoleón de la Prusia, con ironía por los unos y seriamente por los otros. Tal vez le venga este mote de su aficion á los principios de la táctica

francesa y de su prurito de remedar la entonacion y el lenguaje de las proclamas del gran capitán del siglo en las guerras del consulado y del imperio.

* *

Hace muchos años que este general ambicionaba la prueba de los grandes combates. Ya cuando la inminente guerra de Prusia contra la Confederacion helvética en 1850, á consecuencia de la cuestion de Neufchatet, á pesar de sus pocos años y de su natural inesperienza, se le reservaba un mando importante en el ejército invasor. Allí había el tiempo de la guerra de Lombardía publicó en Berlin un folleto que hizo mucho ruido en Prusia y que no dejó de causar cierta sensacion en el mundo militar en Francia. Era una obra crítica sobre la estrategia de los franceses, en la cual desenvolvía S. A. R. la pretenciosa tesis del «modo de batir al ejército francés.»

* *

General mayor era y comandante de la primera brigada de caballería de la guardia real cuando estalló la guerra contra Dinamarca. El ejército prusiano, encargado de invadir el Slesvig, fue puesto bajo las órdenes del baron Wrangel, pero el anciano mariscal no ejerció mas que un mando meramente nominal, y no tardó en ser eclipsado por el atrevido y bullicioso sobrino del rey. Llevaba el príncipe Federico Carlos el mando de la guardia real y del cuerpo de artillería, é inauguró la campaña con una altisonante proclama llena de pretensiones retóricas y de apreciaciones políticas, escitando á la comunidad de sentimientos y de accion á los hombres de Bramdemburgo y Wostphalia (las dos partes componentes de la monarquía prusiana.)

* *

El día 1.º de Febrero de 1864 atravesaron los austro-prusianos el Eider y ya el día 2 tuvo lugar el para los prusianos desdichado, cañoneo de Missunde del que tan ridiculamente se envaneó el príncipe en una proclama que vivirá en la historia y que fue objeto de chacota, de epigramas y de sátira en todas partes de Alemania. Los movimientos éxtremadamente rápidos de los austriacos y luego la inopinada evacuacion del Duewirke por el general Meza, no permitieron desplegar á los soldados prusianos su valor y al príncipe sus talentos, hasta las memorables operaciones de las alturas de Duppel que protegian el estrecho de Alsen.

* *

Encargado el príncipe del mando especial de las tropas que operaban contra las posiciones atrincheradas de los daneses, todos sus ataques fueron al principio infructuosos. Cuando se estableció el armisticio para dar lugar á la celebracion de la conferencia de Lóndres, cada ejército ocupó sus posiciones bajo la base del *uti possidetis*. Rotas de nuevo las hostilidades por el fracaso de las negociaciones, en los días 17 y 18 de Setiembre alcanzó un brillante triunfo el ejército prusiano asaltando las posiciones danesas heroicamente defendidas y cogiendo cerca de 6,000 prisioneros. Despues de este triunfo que trasportó de entusiasmo á la Prusia, el rey y Bismark visitaron el campo de batalla: además Guillermo I dirigió un testimonio especial de satisfaccion y de gratitud á su ejército y al príncipe, en el que inconvenientemente hacia caso omiso del viejo general Wrangel. Pocos días despues tuvo lugar el paso del estrecho y la ocupacion sin lucha de la isla de Alsen.

* *

Aquí concluye la historia militar del príncipe

real cuyo ejército opera hoy á la vez en tres estados diferentes de la ex-confederacion germánica. Su carrera y fama entran ahora en una fase mas importante y decisiva. Veremos si se halla á la altura de su imponente mision y si justifica las grandes esperanzas que en él cifran sus paisanos. Por de pronto, justo es reconocerlo, los hombres del arte declaran que las primeras operaciones del ejército prusiano revelan una habilidad extraordinaria.

EL REY CIEGO.

Prosiguiendo nuestra tarea, ocupará hoy un lugar en la galería de personajes políticos y militares el bosquejo de un rey de la Confederacion germánica, que tiene una participacion bastante importante en la crisis actual y que en los momentos que atravesamos está en peligro de perder su libertad á la par que todo su ejército. Nos referimos á Jorge V, monarca que, aunque ciego, gobierna sus estados y que se ha distinguido siempre por su espíritu de resistencia y de reaccion.

* *

Jorge V (Federico Alejandro Carlos Ernesto Augusto), rey de Hannover, príncipe real de la Gran Bretaña y de Irlanda, duque de Cumberland Brunswick-Luneburgo, nació en Inglaterra el 27 de mayo de 1819 y es hijo único del rey Ernesto Augusto de Hannover y por consiguiente primo hermano de la reina Victoria, cuyo nacimiento le privó de la esperanza de suceder en el trono de Inglaterra. Como habrán notado los lectores, el rey Jorge apenas tiene alguna diferencia de pocos meses de edad con la reina de Inglaterra. En virtud de la ley sálica, el príncipe fué declarado heredero presunto del reino de Hannover, administrado por su padre en nombre del rey de la Gran Bretaña. En muy temprana edad le atacó una terrible ceguera que fué empeorando, á pesar de una operacion hecha en 1840 por el célebre oculista Dieffenpach.

* *

En vista de semejante enfermedad se puso en tela de juicio si podria ejercer el poder soberano. El rey Ernesto Augusto, impulsado por el amor de padre, procuró que se resolviera esta cuestion en favor de su hijo, y, por una ordenanza de 1841, estableció que todos los actos presentados á la firma del futuro monarca fueran leídos en presencia de doce testigos y refrendados por el secretario de este consejo de confianza. En 1851 sucedió en el trono á su padre.

* *

A su advenimiento, Jorge V hizo promesas lisongeras. Prometió mantener la constitucion moderadamente liberal que habia otorgado su padre en 1848: pero cuando todavía no habian pasado seis días de su exaltacion al trono, en el memorable día 24 de Noviembre, que no olvidarán fácilmente los hannoverianos, reemplazó ya al ministerio Munchhausen-Lindemann por el gabinete Scheele consagrado en cuerpo y alma á la aristocracia, y á su vez, este ministerio tuvo que ceder su puesto á otro gabinete mas reaccionario todavía presidido por el Sr. Lutcken. Estos actos no eran seguramente los mas apropiados para aumentar la popularidad del nuevo príncipe. Pero, afortunadamente, la opinion pública se ha manifestado siempre en Hannover en sentido francamente liberal y ha obrado con tanta energía co-

mo actividad y perseverancia contra todas las tentativas reaccionarias y retrógradas.

* *

Rechazados con constancia por la representación popular todos los proyectos de revision presentados por los diferentes ministros, al fin fue puesto al frente de un nuevo ministerio un liberal-moderado, el conde Kielmamssegge (30 de Julio de 1835): al dia siguiente fue disuelta la Dieta y por decreto de 4 de Agosto siguiente fue restablecida la carta constitucional de 1840 con algunas modificaciones. Las cámaras se declararon contra ellas, al mismo tiempo que un gran número de empleados públicos, lo que constituyó en Hannover una especie de crisis permanente parecida á la de Prusia, la cual se ha prolongado hasta el dia á través de infinitas peripecias parlamentarias y ministeriales.

* *

Durante la guerra de Oriente, el rey Jorge, aunque inglés y muy afecto á las costumbres, usos, y gustos de su tierra natal, se inclinó decididamente en favor de Rusia y se opuso á que el gobierno inglés reclutara tropas en Hannover.

* *

En la guerra actual el rey Jorge corre un albur muy peligroso. La situacion geográfica de su reino, las tradiciones políticas del mismo, los intereses dinásticos, el desarrollo del comercio y de la marina, y, finalmente, los votos de la opinion pública muy favorable en este pais á prusia, parecian aconsejarle, sino ya una alianza con la segunda gran potencia germánica, al menos una neutralidad estricta y vigilante. El rey Jorge, sin embargo, empujado por un ministerio altamente impopular en Hannover, ha optado por la política contraria y ha tomado una senda que los hombres políticos conceptúan en alto grado peligrosa.

* *

En el momento que escribimos, el ejército hannoveriano con su rey á la cabeza están completamente cercados por fuerzas prusianas superiores y es probable que haya depuesto ya las armas.

* *

El rey Jorge, como otros muchos príncipes de la confederacion, ama las artes: como el duque de Coburgo, ha cultivado con pasion la música y se cuenta que ha alcanzado algunos triunfos como compositor.

MENDICIDAD Y POBREZA.

«Que caridades hay dos:
La que se ostenta, es del diablo;
La que se oculta, es de Dios.
(Gutierrez de Alba.)

Mendicidad y pobreza. Hé aquí dos palabras unidas estrechamente al parecer, pero muy distintas una de otra en realidad.

Digno es el asunto de ser tratado por otra pluma.

La mia solo podrá bosquejar torpemente las dolorosas reflexiones que de estas dos palabras se desprenden.

Hoy que la filantropía ha sustituido á la caridad (y digo esto por que la filantropía y la caridad son para mi cosas distintas): hoy que tanto abundan las sociedades destinadas á socorrer á los necesitados, tal vez no parezca muy oportuno este mal pergeñado artículo.

Pero no trato yo de tildar en lo mas mínimo los actos de esas congregaciones.

Mi objeto es demostrar la insuperable barrera que existe entre la mendicidad, que acepta sin dilacion toda clase de socorro, venga de donde venga, y la verdadera pobreza, la pobreza que esconde su vergüenza en un oculto rincon, sin renunciar por eso el sitio que el cielo le señaló en la sociedad. Esta pobreza no ha encontrado todavía el término de sus penas.

El verdadero pobre ha nacido para sufrir.

La vida es una lucha continua, terrible, inmensa, contra el dolor. Enumerando sus desgracias, ha llegado á concebir la esperanza de ser un elegido.

Puede perdonársele esta vanagloria, hija de la fe que siempre ha tenido por el Supremo Hacedor, porque ella es su único consuelo.

A no ser así, no existiría.

Avezado al sufrimiento, identificado con él desde la cuna, la menor dicha seria su primer paso en una vida estraña, enteramente nueva.

En esta vida le hablaria el placer, y él no lo entenderia escuchando su lenguaje, embobado como el niño que por primera vez oye hablar un idioma completamente desconocido.

No tiene mas pasado que la amargura, mas presente que sus recuerdos, ni mas porvenir que el infortunio.

El profundo convencimiento de su predestinacion, le tranquiliza hasta cierto punto.

Ha adquirido tal costumbre de padecer, que hay momentos de que, avaro de su dolor, desearia que todos menos él fuesen dichosos sobre la tierra.

Este raro egoismo no nace tan solo de un amor al prójimo; nace principalmente de la gloria que él mismo se dá; de la aureola de mártir con que quiere rodear su frente.

Así puede decirse, que en el fondo de su tristeza existe su recreo.

Y esclama: Soy inmensamente desgraciado; soy la personificacion del infortunio: ¡soy un elegido!

Segun los sábios, nadie debe llamarse infeliz, hasta despues que haya comparado sus desgracias con las ajenas.

El resultado de esta comparacion, dicen, es un freno para los desesperados, por que, do quier que el hombre vuelva los ojos, encuentra el dedo de Dios que le señala mayores infortunios que los que él deplora.

Muchas veces cuando el pobre piensa en los suyos se cruza el mendigo en su camino, deteniéndose á pedirle una limosna con voz suplicante.

En estos casos, el pobre recuerda aquella magnífica décima del gran Calderon:

Cuentan de un sábio que un dia, etc.

Pero en el mismo momento lo encuentra inaplicable.

Aquel es un mendigo, y la mendicidad es un oficio; un oficio bajo, es verdad, pero es un oficio. Tiende la mano maquinalmente por instinto. Su mision es pedir.

Se la socorre: pronuncia un—Dios se lo pague—y nada mas.

Esto lo hace desde la cuna hasta la tumba.

Su inteligencia indolente, estrechada en tan mezquino círculo, nada reflexiona, y solo apela al medio mas seguro de esplotar públicamente la vanidad y el lujo.

Hay quien pide prestado para cubrir sus harapos.

Hay quien se cubre de harapos para pedir.

Un mendigo pidiendo á un pobre, es el sarcas-

mo mas sangriento que pudo inventar la casualidad ó el destino.

Si la sociedad pudiese adivinarlo, seria un espectáculo admirable; sublime.

El pobre saca de su bolsillo una moneda de cobre que guardaba para comprar pan á las doce de la noche, al retirarse á su guardilla, y cuando nadie lo viera.

El mendigo toma aquella moneda, la besa, vuelve la esquina, y se introduce en la taberna.

Ha comido y le es necesario beber.

La frente del pobre se cubre con la sombra del dolor.

En el rostro del mendigo aparece la sonrisa del beodo.

Preguntad á la sociedad, ¿cuál de esos dos es el dichoso?

Las apariencias la engañarán.

Y, sin embargo, mirad esos dos hombres.

El uno ha fingido llorar para sonreír.

El otro finge sonreír, para no llorar.

La desgracia del pobre consiste en que sabe analizar su desgracia.

El mendigo posterga su inteligencia, se limita á una vida material; se echa en brazos de la limosna, y se cree feliz diciendo que es desgraciado.

Y en efecto es feliz: á fuerza de tener que llorar, concluye por odiar el llanto, y á cualquier hora del dia va á arrojarle riendo en los brazos del vicio.

El pobre nace para alternar con la sociedad; se le enseña, aprende y raciocina.

—La ociosidad es madre de todos los vicios.—le dicen.

—La mendicidad es ociosa—dice él.

—Luego yo no puedo ser mendigo.

El pobre trabaja para comer.

Tiene un derecho indisputable al trabajo.

Quitadle el trabajo, y le habreis colocado en el límite del infortunio, hollando sus derechos.

No puede, no debe mendigar.

En las escuelas, le habeis enseñado á odiar el crimen.

Quando le veis hombre, creis haber concluido vuestra obra.

Sin reflexionar, le quitais el trabajo.

Le enseñais el precipicio, diciéndole, huye; y mas tarde, le poneis en la orilla y le empujais.

En esta lucha crítica, suprema, apura hasta las heces el cáliz del sufrimiento.

Hé aquí por qué, el pobre, al volver los ojos, no encuentra desgracia alguna comparable con la suya.

Entonces, acogido bajo el manto de la religion, transige con los hombres, y acepta su martirio.

¿Qué mucho que se crea un elegido.

Vosotros le direis, humíllate y descende.

Y quién sois vosotros para decir al hombre,= descende del sitio en que Dios te ha colocado?

La caridad que impone condiciones, es un comercio moral: no es verdad.

¿De qué sirve que deis al pobre un pedazo de pan, si le quitais la libertad, reduciéndole, obligándole á reconocer una distancia que no existe entre vosotros y él?

Por eso el pobre sufre, calla, y devora su dolor.

No es él el orgulloso, no: sino vosotros que quereis emanciparos de él como si fuese un apesadado.

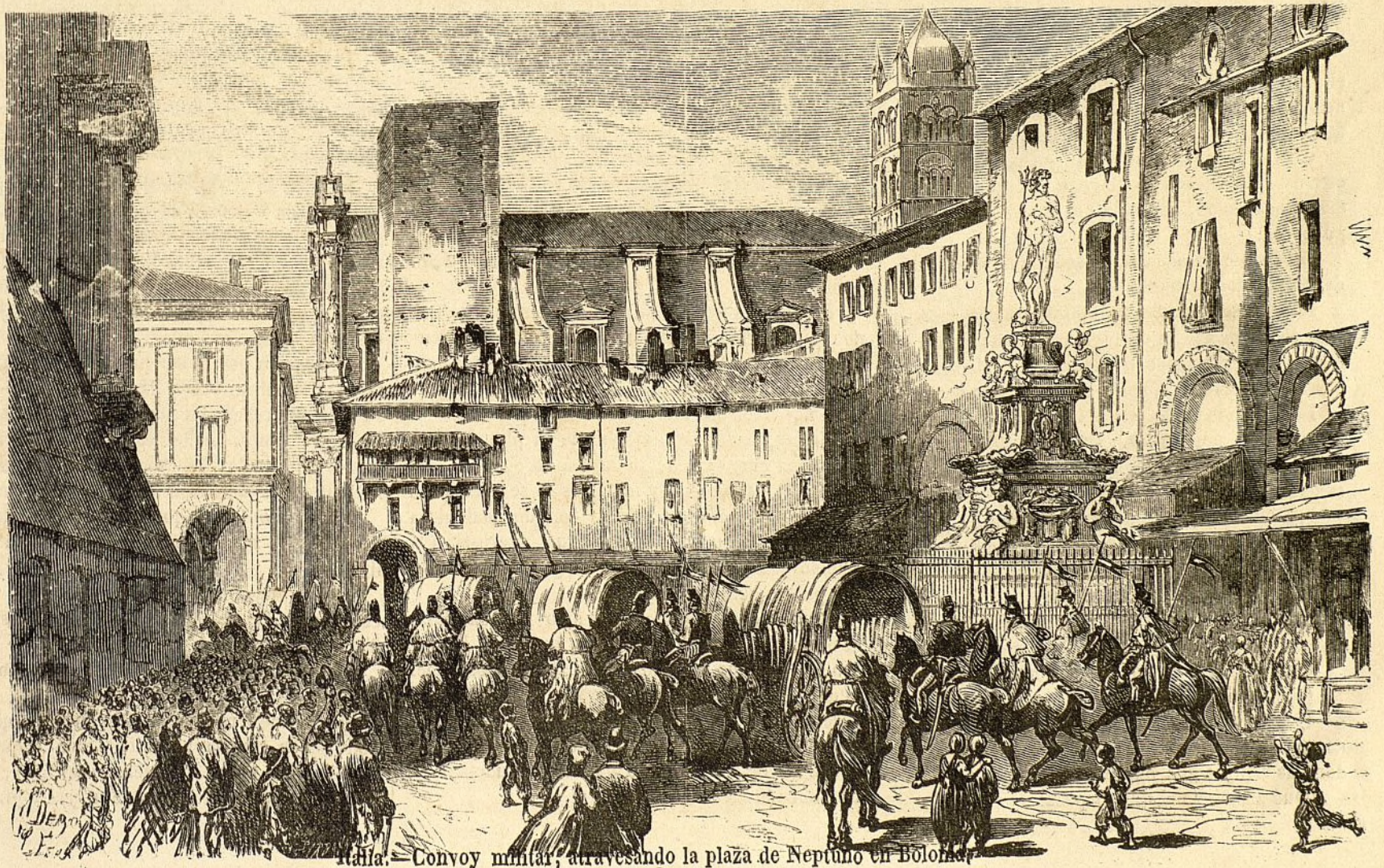
Al querer apoyarle, le haceis mendigo.

La mendicidad envilece al que no ha nacido en ella.

¿Qué mucho, que bajo una levita, esconda su



Ejército austriaco.—Ulanos y húsares.



Italia.—Convoy militar, atravesando la plaza de Neptuno en Bolonia.

Ayuntamiento de Madrid

pálido rostro la pobreza, para que no le abofeteéis.

¿Qué mucho, que al estrechar entre las vuestras, la mano cubierta con el finísimo guante, adquirido á costa de mil afanes, no leais en sus nerviosos movimientos las convulsiones del hambre?

El pobre con la sonrisa en los labios y la muerte en el alma, discurre por vuestros dorados salones.

¡Terrible risa la que se inventa en el dolor, para envolver en ella como en un manto resplandeciente, sus ulceradas carnes!

¡Incomprensible momento de amargura, aquel en que el pobre lleva su mano á la abrasada frente, figurándose tener en ella, impresas de un modo profundo, las huellas de la miseria que todos señalan con el dedo!

¡Doloroso, supremo é indefinible instante aquel en que puede hacerse objeto de escarnio y sangrienta burla, la santa resignación del pobre!

¿Quién es capaz de sondear, el estado de su corazón, combatido por tantos temores, inquietudes y zozobras?

Si se descubre su verdadera posición, ¡adios gloria, adiós amistad, adiós amor!

¡Todo, todo perdido!

¡Oh leyes impías, incomprensibles, absurdas, acatadas y sostenidas como infalibles por tantos y tantos miserables que pueblan el mundo!

¡Oh mezquindades de los que se han elevado, por una fortuna inesperada, del polvo en que nacieron!

Vanidad, ostentación.

Esta es su divisa.

Dan mil, dos mil, á los asilos de beneficencia, á los hospitales y demás establecimientos que la humanidad levanta para cumplir la obligación que contrae todo cristiano en la pila del bautismo.

Dan esto, y las cien trompetas de la fama publican en seguida su *flantrópico* desprendimiento.

Este capítulo de su vanidad, representa la escésiva compensación de su limosna.

Dan las migajas que *sobran* en su mesa.

Las arrojan al mendigo, constante centinela de las puertas de su palacio, como se arroja un trozo de pan al perro saltarín.

El mendigo recoge las migajas, las devora como el perro, y más indiferente que aquel no vuelve á acordarse de la acción, sino cuando al día siguiente se repite.

Cual si conociese el valor que debe darse á esta caridad rutinaria y degradante, en su eterna despreocupación, acepta la limosna y desprecia al poderoso.

Muda, pero elocuente filosofía la de la miseria despreciando al orgullo.

Si en aquel momento el mendigo, arrojando la grosera máscara de la hipocresía que cubre su rostro, se levantara con nobleza á reclamar sus derechos de hombre, sería digno de un poema.

Pero hemos dicho que el mendigo no reflexiona, que obra por instinto, sin tratar de descubrir nunca la razón más ó menos fundada que impulsa sus acciones.

¡Y quieren que el pobre, inteligente, pensador, sirviendo de pretexto á la vanidad, se convierta en mendigo, se haga ingrato y hasta cruel!

Que acuda á la puerta de un palacio, con la impudencia y el descaro del que ha pasado su vida en la vagancia.

Que renuncie á lo que le han hecho desear.

Que renuncie á ser útil á sus semejantes.

Que haga vejetar su existencia sobre la tierra, como crecen las plantas inútiles en medio de las doradas espigas que cubren los campos.

¡Qué aberración, qué torpeza!

Fundan escuelas para que el hombre se instruya, se haga digno: le dejan luego pobre, sin apoyo, y contra los principios que han establecido, quieren que vuelva á su primitivo ser; que se degrade, que se hunda.

Esto es imposible.

Esto equivale á sostener al hombre hasta enseñarle un paraíso, y abandonar luego su mano, dejándole que rueda al fondo del abismo.

¡Consecuencia funesta del error en que incurre la vanidad al invadir el reino del talento.

No, no oireis los sollozos del pobre en la oscuridad de la guardilla, después de haber celebrado sus dichos en la algazara de un banquete: no los oireis porque si así fuese, le cerraríais vuestras puertas, le negaríais vuestro apoyo; y diríais: —tal día doy limosna,—en vez de enjugar sus lágrimas, tendiéndole vuestra mano y diciéndole: —Hé aquí una ocupación honrosa.

Esta caridad no os conviene, porque se pierde en el misterio.

Pues bien, quedaos ahí, en ese mundo de opulentos y mendigos, dejad que nosotros formemos con nuestros corazones una cadena santificada por Dios; dejad que inventemos socorros mutuos para aliviar nuestras comunes desgracias, y cuando nuestra fraternidad sea un hecho innegable, no reclaméis parte alguna en esta obra que la pobreza habrá llevado á cabo por sí sola, y sobre la cual se alzarán triunfante, ciñendo su frente con la gloriosa corona del martirio.

PEDRO MARQUINA.

¡POBRES HOMBRES!

¿Quiénes son tenidos por pobres y así llamados á pesar de que apaleen el oro?

Hé aquí una pregunta que necesita meditarse detenida y concienzudamente.

Los pobres de esta clase son infinitos.

Una criatura raquítica y enfermiza se le considera pobre infeliz; un mal poeta, pobre tonto; un joven muy enamorado, pobre loco; una esposa con «celotipia», pobre mujer; y el niño á quien zurra el maestro, pobrecito.

El hombre tímido, ¿no es un pobre de espíritu? El avaro, ¿no es un miserable?—Una niña cándida, ¿no es una pobre inocente?—El orador que no convence á su auditorio, ¿es otra cosa que un pobre diablo?—El médico sin visitas ¿no es un pobre Galeno?—Un literato trabaja noche y día en el arreglo de un drama, lo dá á una empresa, lo ve puesto en escena y..... se lo silban, este es un pobre autor.

En muchas de esas «calamidades sociales» tiene el pobre rico, menos suerte que el pobre mendigo;—á este se le compadece; á aquel, no: porque en este pícaro mundo, se atribuye la desgracia á no saber conducirse como es debido.

Un empleado «tira mucho de la pluma» para mantener con espléndido lujo á su elegida.—La ninfa no lo agradece, y mientras él se quema las pestañas, lo pone en ridículo con un cualquiera que más dichoso que él consigue interesar á la veleidosa. Este es un «pobre sanguijuela del estado, pobre víctima de su amor.

Sucede que no por cariño sino por charlatanería un amigo le abre los ojos á otro en lo que debiera tenerlos cerrados; es decir, le hace saber lo que era preciso que ignorase, y en su triste desengaño se fija ahora, se melancoliza más tarde, se desespera luego, y al fin se suicida.—Este es un pobre crédulo sacrificado por la imprudencia de un pobre indiscreto.

Un apuesto y elegante mancebo habita con un amigo suyo, á quien da gratis habitación y comida. Recibe aquel un billete de su novia para que aquella noche se presente en un baile. Busca su mejor levita, su sombrero más nuevo, su pantalón más de moda; pero ¡oh, sorpresa, no tiene esos objetos, ¡su amigo se los ha puesto! ¿cuál de los dos es más pobre?

Cuántas veces oireis decir, tratándose de una boda que va á efectuarse; el novio ó la novia es más pobre «que una rata.» ¡Singular comparación que parece dá á entender que otros animales son más ricos! y sin embargo, la pobreza del cónyuge ó de la que eligió, no consiste ni en la falta de alimentos, ni de las demás necesidades de la vida. —¿Por qué suponerlos pobres?—Por que de seguro, no cuentan con un dote grande ni pequeño, ni pueden ostentar galas, ni ese costoso boato que le exige la pícara sociedad.

Sucede por casualidad que hacemos conocimiento con un joven simpático y bien portado, y se nos ocurre preguntar á un amigo, ¿quién es?

—Calle, por Dios, nos contesta, es un pobre «corre-ve y dile» que no se comprende como existe. No se le conoce oficio ni beneficio, ni se sabe de dónde sale ese lujo!.... Tal vez de algún preñado por que de seguro no tiene donde caerse muerto.

Apreciación que carece de sentido común, por que nadie le impide que se deje caer en el suelo.

Sin querer seguimos con la vista á este *quidam*, y le vemos dejarse dos duros para socorrer á los pobres y mi amigo á quien se lo hago notar, suelta la carcajada alegremente.

—¿Qué fanfarrón! como si fueran suyos.....

¿Quién al pasar por el rastro de la corte no supone pobres á los vendedores de todos aquellos cachibaches?

¿Quién no califica á los sirvientes de pobres criados?

¿A los artesanos, obreros, etc., etc., no se les llama pobres?....

Volvamos la vista, y analicemos de igual modo al hombre que se llama rico; ¿qué hallaremos? Las mismas anomalías.

¿Veis á ese arrogante potentado que se pavonea con sus brillantes equipos? Preguntadle á la «Bienhechora» el dinero que ha tomado de sus arcas, y está pagando ruinosamente con réditos considerables.

Indagad en el «Monte de piedad» de quién es aquella rica diadema de perlas empeñada al siguiente día de haberse lucido en un magnífico sarao:—y si quereis saber la procedencia del fabuloso mueblaje de los salones de las señoras F. T. ó M..... tal vez los que arriendan esos objetos satisfarían vuestra curiosidad.

Se susurra que el banquero A..... va á presentarse en quiebra, y aquella misma noche tiene en su casa una recepción magnífica! Por todas partes luces, perfumes, brillantes..... en el «buffet» un lujo deslumbrador. Los concurrentes se encojen de hombros y se dicen con acento de convicción:

—¡Ba! ¿no decían que estaba arruinado?—¡Ya, ya! Es más rico que nunca, repite la generalidad.

—Hay viejos marrulleros á quien no seducen estas cosas, y al admirar aquellas esplendideces dicen con misterioso sarcasmo:

—Esto me huele á muerto..... ¡Costoso es el funeral!

Y el banquero amable y galante obsequia á sus convidados con la urbanidad más esquisita. Su buen humor no se desmiente nunca. Y, sin embargo, de la impresión que cause aquella sun-

tuosidad depende su porvenir, su honra, tal vez su vida!—¡Horrible agonía, áspid escondido entre flores, cuya ponzoñosa mordedura no está al alcance sino de esos seres privilegiados! ¡Misericordias de ricos! Que solo pueden apreciarlas en su justo valor quien las hubiese padecido!

¿Sabeis por qué esa condesa viuda conserva el coche?—Tiene hijas casaderas, y no puede dotarlas. No quiere que se conozca su pobreza. Una prudente economía les aseguraria una suerte cómoda y modesta; pero no pueden resignarse á renunciar á la riqueza. ¡Las alhajas, los bienes, todo está empeñado! Apenas podrán vivir así algunos años; en este tiempo..... ¡Quién sabe! ¿No parecen ricas?

Estas reflexiones dieron sin duda márgen á algun filósofo para decir que el mundo es un miserable.

Bien mirado, la pobreza es una desgracia que alcanza mas ó menos á todos;—pero esta, lo mismo que la riqueza, no son nunca afirmativas. Mendigos han legado considerables cantidades á su muerte en un asqueroso andrajo, al paso que muchos rien un centenar de deudas y en sus grandes y claveteadas arcas, ni un céntimo.

Los hombres de corazón filántropo se devanan los sesos hace muchos años para desterrar esta carroedora polilla de la sociedad, la pobreza.—Fourier inició el socialismo; Roque Bárcia aconseja la aplicacion de sus estudios democráticos. Hasta ahora todos los esfuerzos han sido inútiles para acabar con la miseria, que, considerada con atención, es un mal grave que solo mitigará un buen sistema gubernativo.

Pero juzgamos de muy diferente modo estas distintas clases de pobreza inherentes al hombre, efecto las mas veces de sus mismas pasiones; personificación de sus dolores y sufrimientos desde la cuna al sepulcro.

A fin de hacer mas llevadera tan dura carga, el Evangelio aconseja la pobreza voluntaria.

Directa ó indirectamente hay muchos que por el camino de la indiscrecion y del vicio llegan á practicar el sagrado consejo:—por ejemplo, los aficionados al juego, los borrachos, los decididos amantes de ciertas niñas:—los que colocan sus ahorros en bancos de dudoso crédito;—los que se dedican solo á la literatura;—los inventores de globos aéreos, como Montemayor y Dombon;—los que se empeñan en hallar la cuadratura del círculo:—los que se lisonjean con sacar de la piedra el oro..... y en fin, el mayor número de los mineros.

La riqueza, pues, es ilusoria, así como problemática la pobreza.

¡Desdichados de los que cifran sus bienes en tan vanas apariencias! ¡Miserables los que se olvidan que en las dotes del alma y la nobleza del corazón, existen los gérmenes de la verdadera riqueza! De aquellos mejor que de ningunos otros pudiéramos decir: ¡qué pobres hombres!....

MIGUEL ANGEL ESPINA.

BREVE DESCRIPCION

DE LAS MARAVILLAS DEL MUNDO.



EL MAUSOLEO.

Este fue el sepulcro que Artemisa, reina de Caria, hizo erigir al rey Mausolo, su esposo, en la ciudad de Alicarnaso, mas de 350 años antes de nuestra era. Su estension era de 63 pies de N. á S. los costados no tan largos, con 411 pies de cir-

cuito; 25 codos de alto, y 36 columnas en su circunferencia. Le construyeron cuatro célebres arquitectos, que fueron: Seopas la parte de Oriente, Timoteo la del Mediodía, Leocharres la de Occidente, y Brixias la del Norte: á los que se agregó Pithio, y levantó una pirámide sobre el Mausoleo, colocando en su extremo final un carro de mármol tirado por cuatro caballos.

Artemisa, no pudiendo sobrevivir á la pérdida de su esposo, murió sin ver concluida esta soberbia obra. El amor que le tenia era tan escesivo, que mandó recoger sus cenizas para mezclarlas en los líquidos que tomaba, con el fin de darle sepultura en su mismo pecho.

Al ver el filósofo Anaxágoras de Clazomene este sepulcro, reputado como una de las maravillas del mundo, dijo friamente; «hé aquí un gran tesoro de plata trasformado en piedra.

De aquí viene el llamar *Mausoleos* á los sepulcros ostentosos.

El templo de diana.

Este célebre templo fue construido en Efeso por el arquitecto Ctesiphon, que le principió: pero se emplearon 220 años en concluirle y perfeccionarle; contribuyendo toda el Asia menor para los gastos que ocurrieron. Tenia 423 pies de largo, 220 de ancho, y estaba sostenido por 127 columnas de 69 pies de alto, adornadas de esculturas, dadas por otros reyes: el maderaje era de cedro y las puertas de ciprés. Este magnifico templo, adornado con estatuas, cuadros de un valor inestimables, y otras inmensas riquezas, fue incendiado por Eróstrato (que quiso immortalizar su nombre por tan bárbaro medio) la misma noche en que nació Alejandro el Grande, 356 años antes de Jesucristo. Es digno de observarse que este templo fue quemado y reedificado hasta siete veces: y que Alejandro ofreció á los efesios cuanto quisiesen si le permitian poner su nombre en la inscripcion del frontispicio, lo que rehusaron politicamente.

Las murallas de Babilonia.

Mucho contribuyeron á la celebridad de Babilonia el famoso templo de Belo, el palacio real con los jardines artificiales construidos sobre bóvedas, los diques y muros del rio, el lago y los canales, etc.; pero sobre todo, las murallas eran las mas maravillosas. Su grueso era de 32 pies, su altura de 50 codos, y su estension de 480 estadios, que hacen 60 millas: formaba un cuadrado perfecto de 15 millas por fachada, y en cada una habia veinte y cinco puertas de bronce macizo, que en todas hacian ciento. Por esto, cuando Dios prometió á Ciro la conquista de Babilonia, le dijo por boca de Isaías: «Romperé las puertas de bronce, etc.

Júpiter olímpico.

La ciudad de Olimpia, en el Pelomponeso, se hizo célebre por un templo dedicado á Júpiter, llamado Olímpico, en donde se habian acumulado riquezas inmensas, á causa de los oráculos que en él se hacian, y de los juegos olímpicos que se celebraban en sus inmediaciones en honor de aquel. Lo que mas se admiraba en él era la estatua de Júpiter, de 60 pies de alto y el grueso proporcionado, hecha por Fidias, célebre escultor de Atenas. Habia representado á aquel falso dios sentado en un trono de oro y marfil, de cuya materia era tambien la estatua: en la cabeza tenia una corona que parecia de hoja de olivo, en la mano derecha una victoria de marfil con una corona de oro, y en la izquierda un cetro hecho de varios metales, que remataba en una aguila. El calzado de Júpiter era de oro, y sobre el ropaje, tambien de este precioso metal, habia diferentes animales y flores.

El trono estaba guarnecido de marfil, ébano, oro, pedrería y muchas figuras de bajo relieve: en lo mas alto habia á un lado las Gracias, y al otro las Horas todas hijas de Júpiter. A los cuatro pies del trono se veian cuatro victorias, y dos á los de la estatua: y alrededor habia varias figuras (algunas de oro) que representaban ciertos pasajes mitológicos. El sitio en que estaba este magnifico trono, se hallaba decorado con pinturas, que representaban los principales combates de Hércules, y otros muchos sucesos célebres de la historia fabulosa.

EL LUGAREÑO EN MADRID.

«Pues, señor, vamos á los madriles,» dijo un dia entre pesaroso y alegre el tio Pescuño, ciudadano labrador, vecino de un lugar de la Alcarria, de cuyo nombre no quiero dar cuenta. Ver la capital de la monarquia siempre es cosa lisonjera para un aldeano; y esto es lo que al sacar el pasaporte servia de satisfaccion á nuestro alcarreño; pero emprender un viaje que le habia de obligar á gastos crecidos, templaba esta satisfaccion considerablemente. Sabido es que los alcarreños no suelen pecar de pródigos: bien que ahora no hay labrador en España que pueda quebrantar por este lado las leyes de la prudencia, como no sea con el pensamiento. Si es cierta aquella máxima de que

ser bueno, se halla de balde:

ser malo, dinero cuesta;

que es confesar que por espacio de un siglo, jamás ha habido en España tantas virtudes, es decir, tanta pobreza como ahora. ¿Quién sabe? Quizá ha decretado el destino que la felicidad futura de España nazca de su miseria misma. Ello es que al pobre nadie le teme, ni le envidia, ni le hace caso; nadie se mete en los asuntos del que nada tiene.

Sin protectores y sin enemigos, disfruta del bien mas apreciable, la quietud, la paz. Ya poco podemos tardar en tenerla nosotros.

..... ¡Oh afortunados españoles, si nadie os conotiera!

Tambien infunde algun recelillo al honrado Pescuño la probabilidad mas ó menos remota, segun circunstancias accidentales, de tropezar por esos caminos de Dios con una banda..... de ladrones, mas afortunadamente en nuestro pais ya no se roba en despoblado. De puertas adentro, sí señor, cuanto se puede, cuanto hay; pero en los caminos, lo mas que arriesgan los que viajan sin una division por escolta es el pagar alguna contribucion extraordinaria de guerra. Recaudar este impuesto puede ser tomar lo ajeno contra la voluntad de su dueño; pero al fin una exaccion marcial no es un robo. Es menester que todos vivan; aunque maldita la falta que hace á los mas la existencia de algunos.

Nuestro alcarreño ha llegado felizmente, á mujeriegas sobre su macho romo, hasta la puerta de Atocha. Ve los altísimos paredones del hospital inmediato, y esclama con tanta boca abierta: ¡qué barbaridad! En su lenguaje esta espresion significa sencillamente: ¡qué edificio tan alto! Pero el viajero filósofo que al llegar á Madrid pregunta cual es el destino de aquella fábrica, prorrumpe al saberlo en una exclamacion idéntica á la del patán de la Alcarria. Barbaridad es y grande, en un clima tan caluroso, reunir millares de enfermos en un edificio. Pasa la Puerta; sale libre, aunque no sin costas, de entre los Cerberos del resguardo; repara en la fuente de la Alcachofa, y desde la acera

de las Panaderías, va descubriendo sucesivamente á un lado y otro, el jardín botánico, la platería de Martínez, el Museo, las cuatro fuentes, la de Neptuno, el Tívoli, la estatua de Cervantes, el monumento del Dos de Mayo, el Apolo, la Cibeles, la calle de Alcalá, en fin, donde está el parador que busca, y á la derecha y en el fondo las verjas del Buen-Retiro y el arco soberbio que lleva el nombre de la ciudad ilustre, patria del autor del Quijote. Atónito el pobre Pescuño con tanta magnificencia como se agolpa á sus ojos, no ha cesado de exclamar desde la puerta de Atocha á su posada «¡qué hermosura!» «¡qué asombro! Madrid vale mas que una lluvia de Mayo: desde Madrid al cielo.»

Va luego á comer á una fonda, á una hostería si se quiere; aun el precio infimo de la lista le parece caro; pero ya sabe Pescuño á cuanto vendió en el lugar los garbanzos de su cosecha y los carneros de su manada; sabe lo que cuestan portes, puertas y portazgos, y que todo el que ejerce una industria debe sacar ganancias de ella. Además, que á Madrid no se viene para economizar, sino para echarla de rumboso y satisfacer en cuanto se pueda los caprichos de este pícaro cuerpo. Al traerle un mozo con mucha cortesía un plate, cuyo olor solamente vivifica todo el sistema nervioso del buen alcarreño, se acuerda de los bien ponderados avisos que le dió por despedida la tía Mastranzos, la Sibila del pueblo. Ella que en su vida habia salido de potaje de almortas, le aseguraba haciendo ascos que los madrileños comian mil suculdades: que lo de gato por liebre era tortas y pan pintado, porque caballo y mulo y aun carne humana sabian dar á sus parroquianos los hosteleros de la corte. Pescuño, sin embargo, engancha con el tenedor de plata, que maneja por primera vez, un buen tasajo de ternera, y.... adios razonamientos de la tía Mastranzos. «¡Dianche!» decia el buen labrador relamiéndose; «mas quiero piltrafas de ahorcado aquí, que pechugas de perdiz en mi lugar, guisadas en la taberna de la Sidora. Cuando me acuerdo de las veces que la he visto partir magras encima del mandil de cordellate....»

Acude al dia siguiente á una función de iglesia, y mi hombre se queda estático: ve representar una comedia de magia, y para él cada actor, cada actriz, y sobre todo cada bailarina, es un ser sobrenatural que le encanta: asiste á una corrida de toros; y goza mas, si cabe, que el dia que se libró de la quinta. Se embelesa delante del avestruz en el gabinete de historia natural, y se hace mil cruces al descubrir el dromedario y la elefanta del Retiro, sitio que como tiene su iglesia particular, su campo santo, sus huertas y campo de labranza, le parece una poblacion, una villa distinta de la villa y corte. En esto se fundaria sin duda un geógrafo alemán del siglo pasado que designó al Buen-Retiro como una de las principales ciudades de Castilla la Nueva.

Todo le agrada, le admira y seduce en Madrid á nuestro aldeano. Si va á comprar una tela para que su mujer se haga una saya, si ajusta unas cabezadas para sus mulas, si quiere ferirse una hoz de podar ó un pico, los dependientes de las tiendas respectivas sufren sus regateos interminables sin echarle enhoramala; si se extravía á deshora de la noche por las calles, halla serenos que le dirijan á su posada; si pone su cara en manos de un barbero, sale de entre ellas sin barbas y con pellejo, todo al contrario de lo que en su lugar le sucede. Pero en la naturaleza se observa siempre la ley del equilibrio, y el tránsito del bien al mal es tan pronto como inevitable: no hay, pues, que extrañar que el tío Pescuño, tendiendo á la manzana la mano, adquiriese la ciencia del bien y del mal de la corte.

Un dia pregunta en la calle de la Comadre por donde habia de ir á la puerta del Sol: el sugeto á quien se dirige, le hace el obsequio de acompañarle por un buen rato, y le encamina despues con tanto acierto, que el buen Pescuño se encuentra sin saber cómo en el patio de San Bernardino, donde quieren tomarle la filiacion y hacerle comensal de aquella santa casa. Otro dia, cabalgando en su macho, se lo espantan unos pillos: desbócase la bestia y arroja al ginete, acude á levantarle del suelo un caritativo transeunte, le limpia, la chupa le trae el sombrero, y en seguida saca el incógnito del bolsillo un ejemplar de un bando y exige en términos enérgicos al aporreado patan la multa en que ha incurrido por correr por las calles con su caballería: caridad de alguacil, por fuerza habia de ser costosa.

Pescuño ha venido á Madrid con una comision del ayuntamiento de su pueblo, en virtud de la cual tiene que entregar cierta cantidad de papel moneda en una de las oficinas de la hacienda pública. El sencillo alcarreño contaba con despachar brevemente su encargo, porque para recibir dinero creia que los dependientes del gobierno no opondrian tantas dificultades como para darlo. ¿Quién lo pensara? Desde el primer dia le dicen que el asunto es complicado y grave, que hay que liquidar, comprobar, ver expedientes y correr trámites, que lejos de correr van á paso de tortuga. Un dia el infatigable Pescuño se llega quedito á la mesa del oficial encargado de evacuar su asunto, y tiene la desgracia de sorprenderle *in fraganti*, dibujando una danza de monos. Amostázase el lugareño, y pide con algun retintin al caricaturista, que no le haga perder mas tiempo en Madrid, porque han sufrido ya sus intereses bastantes perjuicios: «Venga V. pasado mañana.»

Pescuño tiene la imprudencia de preguntarle si necesita nada menos que dos dias para dar la última plumada á sus mamarrachos, ¡Tú que tal digiste! El funcionario público se pone hecho un poeta inspirado (quiero decir, un energúmeno) tira de la campanilla, aparecen cuatro ó cinco sayones,

los cuales al oír la órden enfática de «quitenme de delante á ese hombre indecente,» se apoderan del paletó; se lo llevan en volandas hasta la escalera, hartándole de improperios, hijos del amor y respeto que profesan á sus superiores; no dándose por satisfecho el celo porteril hasta que descargan sobre el mal aventurado Pescuño un razonable número de mojicones.

Jura y reniega á ¿qué quieres, boca? el honrado alcarreño contra Madrid, como si Madrid tuviese la culpa de que él hubiese cometido una ceririlada. Vuelve dos dias despues á las oficinas, recházale el portero, pide auxilio á la guardia, y las bayonetas de los ciudadanos, á la voz de un galopo, amenazan á un hombre de bien que viene á depositar en las arcas del tesoro el fruto de los sudores de una porcion de individuos pertenecientes á la clase mas útil al Estado. Desespérase el alcarreño; pasan dias, sus diligencias son vanas, su bolsa disminuye, su angustia crece. Por fin, halla una mano benéfica que le saque de tan duro aprieto; pero esta mano que se tiende hácia la suya, se tiende abierta y es menester que no se retire vacía. Una rebeteadora, parienta (por Adán) de un barrendero de la oficina impenetrable, se encarga, mediante una gratificación prévia, de zanjar el asunto del alcarreño. El pobre Pescuño tuvo que comprar un protector con faldas para conseguir que el erario nacional recibiese su dinero.

«No mas Madrid en mi vida,» decia al bajar la calle de Alcalá, dirigiéndose á la puerta de Atocha, fijos los ojos en la tierra, y tan embebecido en el cómputo de los gastos del viaje, que ni siquiera al pasar por la casa de los duques de Villa-Hermosa le merecieron una mirada de despedida el Dios de los mares, ni el príncipe de los ingenios españoles. Con todo, al cenar en la posada aquella noche, se acordó de las ollas de Egipto, ó sean las de la hostería donde consintió que le diesen gato por liebre; al reñir con la patrona por la cuenta, hizo memoria de que en Madrid se regateaba sin insultarse; al salir, ya en su pueblo, de la casa del desuella-caras con título, echó menos la mano suave del barbero que le rasuraba cuando habia de visitar al oficial dibujante; y pasado algun tiempo, y olvidadas las aventuras de San Bernardino, del alguacil y de los porteros, cuando le preguntaban sus convecinos acerca de la corte, respondia el imparcial alcarreño: «Madrid es una poblacion grande y hermosa, donde puede vivir cómodamente un hombre, si tiene dinero para gastar, y cordura para conducirse.»

JUAN EUGENIO HARTZENBUSCH.

PROPIETARIO: D. G. F.

Editor responsable: *Pedro Mesonero.*

Imprenta de *El Avisador*, á cargo de J. Peidr ó.

GRAN MAPA ILUMINADO DE LA EUROPA CENTRAL.

TEATRO DE LA GUERRA.

Terminado ya el que ofrecimos á nuestros suscritores, y á pesar de haberlo tomado á la empresa del periódico *Las Provincias*, en obsequio de nuestros suscritores lo cedemos al precio de CUATRO REALES mapa y esplicacion del mismo. Los suscritores de fuera se les remitirá, franco de porte, remitiendo NUEVE SELLOS de franqueo de cuatro cuartos uno. Para los no suscritores OCHO REALES, que es su coste. Los pedidos al administrador del periódico, Congregacion, 1., 2.º izquierda.